

**Cuentos
de
Adviento
y
Navidad**

Ana Lucía



CUENTOS
DE
ADVIENTO Y NAVIDAD



Material de trabajo
del Jardín de Infancia Waldorf

ARTICULOS Y CUENTOS DE:

Elisabeth Sheen
Soline y Pierre Lienhard
Irene Johanson

TRADUCTORES:

Juan Berlín
Heidi Bieler de Moreno

Segunda edición:
realizada por encargo del Jardín de Infancia Waldorf
de la Escuela Libre Micael - Las Rozas (Madrid)

Ilustraciones de: *G. & V. Knapp*
(Para el libro *Christ Legends*, de Selma Lagerlöff publ. por Floris Books)

Publicada dentro de la serie:

APORTES PEDAGÓGICOS
(Nº 1)

por

PAU DE DAMASC
APARTADO 89.050 - 08080 - BARCELONA
en
- Septiembre de 1996 -

INDICE

El Adviento como preparación de la Navidad	7
El Ángel azul (S.P.L)	15
El Ángel rojo (S.P.L)	16
El Ángel blanco (S.P.L)	17
El Ángel lila (S.P.L)	18
Por qué se alegraron los corderitos cuando llegó la Navidad (I.J)	19
Cómo al buey se le prometió una gran alegría (I.J) . .	20
Cómo se cumplió lo que el Ángel anunció al buey (I.J)	22
Cómo se cumplió para los corderitos lo que el Ángel anunció (I.J)	24
La mujer pobre (S.P.L)	26
La cierva (S.P.L)	27
La tortuga (S.P.L)	28
El ruiseñor (S.P.L)	29
El conejo, la urraca y el viejo (S.P.L)	30
El búho (S.P.L)	34
El gallo (S.P.L)	35
El duende del cristal (S.P.L)	36
Los enanitos azules (S.P.L)	39
La plantita que no tenía ni flor ni nombre (S.P.L) . .	42
El leñador (S.P.L)	45
El pastor de corazón duro (S.P.L)	47
El muchachito del sol (S.P.L)	49
La estrella de los reyes magos (I.J)	52
Cómo el rey Gaspar vio la estrella (I.J)	55
Cómo vio la estrella el rey Melchor (I.J)	56
Lo que vivenció el rey Baltasar a causa de la estrella (I.J)	57
Cómo siguieron los reyes la estrella (I.J)	59

Los autores: S.P.L. = Soline y Pierre Lienhard
I.J. = Irene Johanson

EL ADVIENTO COMO PREPARACIÓN DE LA NAVIDAD

Elisabeth Sheen

Al parecer, de todas las fiestas del año, la Navidad es la más fácil de celebrar. Pero con tanta antelación se prepara esta fiesta a nivel comercial que a veces es difícil comenzar los preparativos en el momento que uno cree más adecuado. Relatando mis propias experiencias, intentaré ayudar a las madres, padres, abuelos y demás familiares a encontrar su propio modo de celebrarla. Esta "nueva forma" fue algo que en realidad fui descubriendo poco a poco después de casarme.

Yo crecí en una típica familia inglesa, de clase media protestante... Como la mayoría de los niños esperaba las navidades con una gran expectación. Era una época mágica con luces de colores y bolas de cristal en el árbol, con canciones navideñas y regalos bien envueltos, con tarjetas de felicitación y la esperanza de una nueva muñeca o un nuevo osito de peluche. También estaba la reunión con los amigos y divertirse. Íbamos a la iglesia por la mañana, luego cenábamos y beberíamos demasiado para tumbarnos finalmente frente al televisor el resto del día.

Sucedió que a mis 24 años me uní a mis padres para participar en una escuela Rudolf Steiner en la que mi padre era maestro de música. Llegué justo antes del comienzo del invierno. Venía de una ciudad grande y deprimente. Tras un largo viaje dormí profundamente y cuando me desperté oí como un coro de ángeles que entonaba sus canciones a través del aire material. Salté de la cama y miré por la ventana. Vi que a través de los campos helados se acercaba cantando un grupo de niños, envueltos en abrigos de colores, con gorros, guantes y bufandas. Fue para mí una experiencia conmovedora

justo cuando atravesaba un momento difícil de mi vida. Más tarde me enteré de que era un grupo de niños formado por la clase superior de una escuela, que había pasado toda la noche cantando villancicos en los jardines de las casas de los profesores. Mi madre les invitó a entrar en casa y les preparé un succulento desayuno.

En aquellos momentos muchas impresiones distintas fluyen en mi interior. Consecuencia de las cosas que observaba, pero también de un "sentimiento" que nacía en mí de que en aquel sitio las cosas se hacían realmente de otra manera y por alguna razón. Empecé a sentir una "verdad" en aquello que estaban haciendo dentro y alrededor de la escuela. Pronto hice hincapié en detalles como las coronas de adviento, que aparecen el primer domingo de adviento, la ausencia de adornos de cadenas brillantes y de luz eléctrica en las calles... pero además, en mis conversaciones con los profesores, escuchaba nuevas ideas y empezaba a ver los oscuros días de invierno de una forma refrescante. ¡Los árboles no están muertos! ¡Mira como se hinchan las yemas de sus ramas! ¡Quizás es Diciembre una época para la vida! las fuerzas de la naturaleza trabajan desde el interior de la Tierra para traernos la belleza de la primavera. De igual modo hemos de intentar, por nuestra parte, crecer por dentro y traer luz a nuestras vidas y así estar preparados para recibir el regalo que supone el nacimiento de Cristo. Importa mucho el cómo nos preparemos para este acontecimiento especialmente en todo lo que concierne a los niños.

Éstos responden rápida y ardientemente a las imágenes que les presentamos mucho más que a las explicaciones minuciosas que podamos darles o a las costumbres que se transmitan sólo por tradición.

Tuve la suerte de tener posteriormente un marido que había crecido en una familia que disfrutó de todas aquellas cosas que en aquel momento yo ansiaba conocer. El pudo guiarme en la preparación de lo más adecuado para nuestra reciente familia. El se encargó, por ejemplo, de la preparación de la corona

de adviento: pequeñas ramas de abeto entrelazadas en un soporte de alambre, con unas cintas rojas y también velas rojas, una por cada domingo de adviento. Para poder mantenerla fresca y evitar que las agujas de abeto se cayeran, enrolló en el alambre trozos de toalla húmeda y puso un poco de césped antes de colocar las ramitas. Cada 2 o 3 días rociábamos un poco la corona con lo que conseguíamos que incluso un día salieran brotes de césped en ella.

Nunca olvidaré la primera vez que encendimos una vela de aquellas con nuestra pequeña Tamara, ni la pequeña llama de luz que crecía en la oscura sala como un pequeño rayo de esperanza que hacía vibrar nuestro corazón. Una vez encendida la vela cantamos unos villancicos que seleccionamos para que se adecuaran a aquel momento. Entonces me di cuenta de lo poco apropiado que era cantar, por ejemplo, a los Reyes Magos antes del 6 de Enero. También otras canciones eran más apropiadas para después del nacimiento de Jesús.

Antes de encender la vela ya habíamos preparado a la niña para ir a la cama, le habíamos leído un cuento, le habíamos lavado y limpiado los dientes y sólo después apagábamos todas las luces de la casa. Una vez terminábamos de cantar los villancicos (generalmente uno por cada niño, uno por el padre y otro por la madre) a medida que la familia iba creciendo, les dábamos a cada niño una vela con una palmatoria y, en brazos, los acercábamos a la corona para que pudieran encender su propia vela con la llamita de la de la corona. Acto seguido marchaban lentamente uno tras otro hasta sus dormitorios mientras cantaban muy bajito "Sobre estrellas va María!" una canción de adviento que interpretaban en su colegio. Luego nos sentábamos para rezar cada uno en su cama las oraciones a la luz de las velas: una vez apagadas estábamos totalmente dispuestos para el sueño. Una vez tuve la ocasión de celebrar esta ceremonia con un pequeño amiguito que estaba de visita en casa. Cuando le pregunté si él tenía una oración para antes de dormir en su casa, me sonrió con unos ojos brillantes como luceros y dijo: "Sí, pero nunca con una vela".

Durante esta época aprovechábamos para invitar a otras personas para que nos acompañasen a cantar villancicos, especialmente a personas mayores o solteras que quizás rara vez tenían la oportunidad de compartir tales momentos con otros. Naturalmente entre los invitados se contaban a veces los abuelos o los profesores de los niños.

En cierta ocasión, el profesor de manualidades me enseñó cómo hacer calendarios de adviento. Cuando Tamara tenía tres años hice el primero con cartulina y papel de seda y coloqué 24 estrellas de colores a uno y otro lado de una imagen de la Virgen María sentada sobre una luna, mientras cosía vestiditos para el niño. Todo estaba realizado con capas de papel de seda cuidadosamente pegados. Inicié así una tradición que me llevó durante diez o más años a confeccionar un nuevo calendario para cada adviento.

Un año me dio pene ver cómo al pequeño de mis hijos se le hacía interminable tener que esperar tres días para que llegase su turno de descubrir una nueva estrella y decidí hacer un calendario doble: una casa para las niñas y una tienda para los niños con el tradicional establo en medio.

Otro año hice un "collage" de San Nicolás volando en su trineo entre las nubes. En la parte interior del calendario puse una bolsita para cada niño. Cada noche colocaba un pequeño regalo para que cada uno al despertar a la mañana siguiente lo descubriera. Un par de veces tuve que saltar de la cama atemorizada al darme cuenta de que no había puesto nada en las bolsitas aquella noche. ¡Corría como una loca por toda la casa buscando tres regalos parecidos! Los regalos que yo misma confeccionaba gustaban de manera particular: velas en miniatura, un rey hecho con un limpiapipas que sobrevivió varios años....

Incluso cuando los niños eran muy pequeños ellos mismos querían hacer los regalos que iban a ofrecer. En esa época del año evitaba llevarlos a la ciudad y a los supermercados pues no quería exponerlos a toda la influencia comercial que simplemente les hubiera asustado o perjudicado. Además creo que los

mejores regalos que uno puede recibir son los hechos por los niños.

Comenzaron haciendo portalápices a base de los rollos de cartón de papel higiénico que cubrían con tela y cerraban por uno de sus extremos con una cartulina. Estos portalápices eran muy útiles para el abuelo y la abuela. Durante varios años realizaron "collages" con un trozo de harpillera y muchos trocitos de tela y pegamento simplemente.

También tuvieron mucho éxito los calendarios. Recuerdo uno en particular que consistía en la misma escena pintada en las diferentes estaciones del año. También hicimos muchas velas: bajo el cuidado y la vigilancia de un adulto hasta los más pequeños pueden obtener buenos resultados. Tan pronto aprendieron a tejer y a hacer punto hicieron mantitas para sus muñecos -tanto las chicas como los chicos- almohadones para los abuelos, que aún usan hoy, gorros para los primos. etc... Uno de los niños en cierta ocasión, mientras envolvía los regalos, afirmó taxativamente que él prefería dar regalos que recibirlos. ¡Le encantaba contemplar la alegría de los abuelos al ver el resultado de su gran esfuerzo!

Ciertos preparativos no necesitaron de mi ayuda ni de la de mi marido: los dos hermanos mayores cuando aún eran bastante pequeños decidieron que querían interpretar una obra para todos nosotros el día de Navidad.

Cuando miro hacia atrás veo que aquella obra llegó a convertirse tanto para padres como para niños en el momento cumbre de la festividad.

Los niños ensayaban en secreto, se hacían sus trajes y de vez en cuando me pedían ayuda para hacer una estrella para el ángel o para preparar el farol de San José.

Mientras fueron dos, el tema era generalmente María y José en el establo. Una vez vimos que José se quejaba y decía "José no dice apenas nada ¿no?". Su hermana mayor cantaba sin parar mientras mecía al niño y era la dueña de la escena, sin más.

Más adelante, cuando los demás hermanos crecieron, pudi-

mos disfrutar de la versión completa de la obra "El Antiguo Milagro de los Pastores" antes de la Navidad.

Nuestra hija mayor tenía que cambiarse rápidamente entre bastidores para pasar de ángel a ser Virgen María. Disfrutábamos también de una obra sobre un rey, de otra sobre unos pastores que no tenían nada que regalarle a Jesús y de muchas otras. Cada una parecía mejor que la anterior y con gran pesar tuvimos que ver la última cuando los niños habían crecido y no podían participar ya en aquellas actividades.

Mi esposo prefería la tradicional y continental tradición de decorar el árbol de Navidad en Nochebuena y no antes, para que no perdiera su sentido la corona de adviento. Además estábamos convencidos de que lo mejor era que el adorno del árbol fuera una gran sorpresa y como yo tenía la suerte de tener a mis padres cerca, llevaba a los niños a su casa mientras mi esposo decoraba el árbol. Una discreta llamada por teléfono avisaba de que todo estaba dispuesto. Entonces conducía a los niños a casa para vestirlos para ir a dormir. A nadie le estaba permitido entrar en el salón hasta que todos estuvieran preparados. Los primeros en entrar en el salón y de puntillas eran mis padres ya que les encantaba contemplar las expresiones de asombro en la cara de los niños. Por fin se abría la puerta y entonces se producía en ellos una transformación verdaderamente mágica. Todos los elementos cotidianos habían sido guardados para poder dar cabida a detalles especiales: cuadros transparentes de papel de seda brillaban frente a las velas, candelabros de madera que los primos habían tallado, un candelabro en el que daban vueltas un ángel y una estrella, escenas navideñas hechas con papel de seda...

El árbol estaba sencillamente decorado con 30 rosas de papel rojo y tres blancas que representaban los 33 años de la vida de Jesucristo en la Tierra y también con algunos detalles dorados. Delicadas estrellas contrastaban de maravilla con el

verde y el rojo de las velas, completando así el cuadro.

Debajo del abeto, sobre el suelo, colocábamos un pesebre con la Sagrada Familia, el buey y el burro, los tres reyes y los tres pastores todos ellos hechos de madera. Los había hecho uno de los primos de los niños cuando tenía 8 o 9 años. La primera vez que nos los mostró Tamara aún era un bebé. Entonces él nos explicó que la niña podía jugar tranquilamente con ellos e incluso metérselos en la boca o llevárselos a su cunita si así lo deseaba. ¡Ah! ¡cuán sensato construir algo sencillo y duradero que unas diminutas manos de niño pudieran explorar, sujetar, mover, etc... sin temor a que nadie les dijera "no toques". Aún hoy en día seguimos utilizando estas figuritas y cada vez nos gusta más su sencillez. ¡No tiene ninguna importancia que la cuna sea por lo menos tres veces mayor que la Virgen María!, los niños no notan esos pequeños detalles.

De la misma manera que los niños pequeños creen implícitamente en el Papá Noel, en la Liebre de Pascua o en el ratoncito Perez, así nuestros hijos creían que los ángeles eran los portadores del árbol de Navidad pues creo que pensaban que era demasiado hermoso para haber sido creado por seres humanos. Y ¿quién sabe? ¡a lo mejor tenían razón!

Eran también los ángeles los que el 6 de Enero retiraban el árbol durante la noche a la vez que dejaban tras su paso un pequeño pero especialísimo regalo para cada niño junto a una plantita de color vivo colocada sobre un paño rojo en el lugar que antes ocupara el árbol. Algunas veces los ángeles escribían con letras muy particulares, un mensaje para cada niño con miras al nuevo año que comenzaba. Un año Tamara estaba inconsolable ante la idea de que el árbol iba a irse, así que los ángeles le dejaron de recuerdo la puntita de una rama y una de las rosas rojas. Ella conservó aquel regalo junto a su cama hasta que todas las agujas de abeto se hubieron caído una a una.

En esta época del año, por supuesto, yo intentaba encontrar cuentos adecuados para leerles: "Historias de Cristo" de Selma Lagerlöf, ciertos capítulos de los libros de Laura Ingalls

Wilder (¡Es tan interesante para nuestros hijos el oír cuán felices eran esas pequeñas con tan poquito!), "la Navidad del Pequeño Conejo Gris" de Alison Uttley, que cuenta un hermosísimo pasaje sobre un árbol encendido con velas en medio de un bosque y rodeado de regalos de comida para todos los animales del bosque. El libro "Una Niña en el Campo" de Alison Uttley que relata las memorias de su propia infancia se ha convertido en una obra clásica. A medida que los niños crecían me encantaba que pudieran escuchar la descripción que hace Laurie Lee de una Navidad en España, o el himno de Milton en "la Mañana de Navidad de Cristo" y los relatos de la Navidad según los distintos Evangelios.

EL ANGEL AZUL

Primer Domingo



ómo sabemos que se aproxima la Navidad? No lo podemos percibir con los ojos, pues los días y las noches transcurren como siempre y los hombres viven y se ocupan de sus asuntos como de costumbre; no podemos escucharlo con los oídos, pues resuenan los mismos ruidos de siempre. los automóviles que pasan, los aviones que aterrizan, los niños que gritan, y así por el estilo.

Y sin embargo, cuatro semanas antes de Navidad sucede algo muy importante: un gran ángel desciende del cielo para invitar a los habitantes de la Tierra a preparar la Navidad; este ángel va cubierto de una gran capa azul, tejida de silencio y paz. La mayoría de la gente no lo percibe, porque está muy ocupada en otras cosas, pero el ángel canta con voz profunda, y solamente aquellos que tienen el corazón atento pueden escucharlo.

Su canto dice así: "El cielo viene sobre la Tierra, Dios viene a habitar el corazón de los hombres, ¡prestad atención! ¡abridle la puerta!.

Así pues, en tal día como hoy el ángel pasa y habla a todos los hombres, y aquellos que lo escuchan se disponen a preparar la Navidad, cantando algunas canciones y encendiendo velas...

EL ANGEL ROJO

Segundo Domingo

En tal día como hoy, un segundo ángel desciende del cielo; va vestido con una gran capa roja y lleva en la mano izquierda una gran cesta, toda de oro. La cesta está vacía y él anhela llenarla para luego llevarla rebosante ante el trono de Dios, pero ¿qué ha de poner en ella?

La cesta es muy fina y delicada, pues está hecha de rayos de sol; por lo que no ha de llenarse de cosas duras y pesadas.

El ángel visita toda la Tierra y, muy discretamente, busca en todas las casas. ¿Qué busca? Mira en el corazón de todos los hombres para ver si encuentra en su corazón un poco de amor verdaderamente puro. Y ese amor lo guarda bajo su capa y... se lo lleva hacia el cielo. Y allí, los habitantes del cielo, los ángeles y también los hombres que murieron en la Tierra, toman ese amor y de él hacen luz para las estrellas.

EL ANGEL BLANCO

Tercer Domingo

El tercer domingo, un ángel completamente blanco y luminoso desciende hacia la Tierra. Tiene en su mano derecha un rayo del sol que posee un poder maravilloso.

Va hacia todos los humanos en cuyos corazones el ángel rojo ha encontrado amor verdadero y les toca con su rayo de luz. Entonces esta luz penetra en los corazones de esos humanos y los ilumina y calienta desde su interior.

Es como si el mismísimo sol alumbrara a través de sus ojos y descendiera por sus manos, sus pies y todo su cuerpo. Aún los más pobres, los más humildes de entre los hombres, se transforman y comienzan a parecerse a los ángeles, si abrigan un poco de amor en sus corazones.

Pero no todo el mundo ve a este ángel blanco. Sólo lo ven los demás ángeles y aquellos hombres cuyos ojos han sido iluminados por su luz. Esa luz es la que en Navidad también nos permite ver al niño que nace en el pesebre.

EL ÁNGEL LILA

Cuarto Domingo

El último domingo antes de Navidad, es un gran ángel, con capa de un violeta muy tierno y cálido, el que aparece en el cielo y sobrevuela toda la Tierra, llevando en sus manos una gran lira. Toca con esta lira una música muy dulce y acompaña su canto, que es muy armonioso y claro. Pero para poder escucharlo hay que tener un corazón silencioso y atento.

Su música es el gran canto de la Paz, el canto del Niño Jesús y del Reino de Dios que viene sobre la Tierra. Muchos angelitos le acompañan cantando también y se regocijan en el cielo.

Entonces todas las semillas que duermen en la Tierra se despiertan y la misma Tierra escucha y se estremece: el canto de los ángeles le dice que Dios no la olvida y que algún día ha de ser de nuevo un Paraíso.

POR QUÉ SE ALEGRARON LOS CORDERITOS CUANDO LLEGÓ LA NAVIDAD

Poco tiempo después de que el ángel Gabriel hubo visitado a la Virgen María, se puso ésta en camino para visitar a su prima Isabel. Para ello tuvo que atravesar montañas y montañas, durante muchos días. Un día, cuando todavía estaba muy lejos del pueblo más cercano, se hizo de noche. Buscó un lugar donde dormir, pero no encontró ninguna casa donde albergarse. Solamente unos corderitos pastaban por allí cerca. Entonces, María se recostó en el suelo bajo un árbol.

Pero he aquí que empezó a sentir frío y pensó para sí: "quiera Dios, que si paso frío en esta noche, mi pequeño niño no sufra en mi cuerpo ningún daño".

Entonces, al momento y de todas partes se acercaron los corderitos y con sus calientes y gruesas pieles la arroparon y calentaron. Así que en poco tiempo se encontró totalmente rodeada por todos ellos, desde los más grandes hasta los más pequeños. Se habían dado cuenta de que María era una madre santa, pues llevaba en ella al niño de Dios. Por eso no hablan tenido ningún miedo y se hablan estrechado los unos contra los otros para proteger al niño del frío.

Y he aquí que en la noche apareció el ángel y dijo a los corderitos: "Porque habéis calentado a María-Madre y al niño de Dios, seréis los primeros en conocer la Buena Nueva del nacimiento del niño de Dios en la Tierra".

Así fue como los corderitos tuvieron su secreto, del que mucho se alegraban. Y de esto no contaron nada a nadie, ni siquiera a los pastores ni a los perros que cuidaban los rebaños.

Al día siguiente continuó María su camino, caliente y fortalecida. Llegó a casa de su prima Isabel sana y salva y permaneció durante tres meses junto a ella.

CÓMO AL BUEY SE LE PROMETIÓ UNA GRAN ALEGRÍA

Cuando María caminaba de vuelta a casa, empezó a notar que el caminar le resultaba fatigoso. Muy a menudo tenía que pararse y descansar. Una de las veces se detuvo a la orilla del camino. Se sintió débil y empezó a llorar: "No puedo más. Hay mucho camino por andar y las piernas ya no me quieren llevar más ni a mí ni al niño. ¡Ay! ¿Cómo podría llegar a casa?"

Y he aquí que oyó un resoplido. Levantó su mirada y vio que junto a ella se encontraba un buey pardo, uncido a un carro. Este volvió a resoplar como queriendo decir: "sube al carro, yo te llevaré a casa".

El buey no se encontraba muy lejos del camino que hacía María y estaba esperando a su señor, que se había albergado en casa de un amigo y le había dicho: "Espera aquí, vuelvo enseguida". Pero nada, no volvía.

Entonces el buey había oído llorar a una mujer. Aquel llanto tenía algo muy especial y había notado que aquella mujer llevaba en su seno a un niño celestial. Entonces se dijo a sí mismo: "Ella es la madre de Dios. Quiero ayudarla. Aunque mi señor me castigue por no haberle esperado. Dios es el Señor más grande. No puedo por menos que servirle en esta ocasión".

Cuando María levantó la mirada y vio ante sí al buey tirando del carro dijo: "esto es la ayuda de Dios". Acarició al buen animal y éste la llevó a casa tirando del carro. Después, trotando volvió allí donde estaba su señor por el camino que lleva

a Belén.

Su señor no le castigó pues pensó para sí: "he dejado al animal esperar tanto rato, que se ha ido solo".

Al atardecer, cuando el buey se encontraba en el establo se le apareció el ángel y le dijo: "buey, porque hoy has tirado del carro llevando a la madre de Dios y a su niño hacia casa, te será concedida en agradecimiento una gran alegría. En tu establo nacerá el Niño Divino y yacerá en tu pesebre". Y así el buey tuvo también su secreto.

Era muy feliz y esperaba todos los días que la palabra del ángel se cumpliera.

CÓMO SE CUMPLIÓ LO QUE EL ÁNGEL ANUNCIÓ AL BUEY

Por aquel tiempo quiso el emperador Augusto saber el número de hombres que vivían en su reino, censándolos. Para ello cada uno debía dirigirse a la ciudad en la que había nacido.

José, que era carpintero y que vivía en Nazaret, había nacido en Belén. Tuvo que viajar de Nazaret a Belén en pleno invierno junto a su esposa María. Fue algo muy difícil para ambos ya que de esta manera su hijo tendría que nacer en un lugar extraño.

José sacó al asno del establo poniéndole a derecha e izquierda las alforjas y montó a María en su grupa. De esa forma partieron esperando encontrar en Belén buenas personas que les diesen albergue en alguna casa.

Cuando llegaron a Belén tras un largo viaje estaban muy cansados y ateridos de frío. Para entonces todas las casas estaban ocupadas por gentes extrañas y ricas, y para los pobres como María y José no había ningún sitio donde dormir.

Después de mucho buscar he aquí que un campesino se compadeció de ellos y les ofreció un establo en el que pernoctar. Allí había mucho sitio ya que dentro sólo se encontraba un buey. En cuanto María y José hicieron su entrada, el buey sintió de inmediato que a partir de aquel momento empezaba un tiempo santo y que la palabra del ángel iba a cumplirse. Reconoció a la madre de Dios y resopló como lo había hecho el día que la encontró en el camino.

María reconoció también al buey, se acercó a él, le acarició y dirigiéndose a José le dijo: "Este es el buey que me ayudó el día que estuve tan necesitada".

Entonces el buey golpeó con su morro el pesebre, que empezó a balancearse como si se tratase de una cuna. Entonces José dijo: "Mira María, aquí podemos poner a nuestro hijo cuando nazca".

María y José arreglaron el pesebre haciendo de él un lecho para el niño. Como fuera hacía frío metieron también al asno en el establo y el buey dejó al burro comer de su heno.

Se encontraban en armonía el uno junto al otro cuando el Niño Dios vino al mundo. En el corazón de la noche el establo brillaba con luz celestial. Por todas partes iban los ángeles de acá para allá. De ellos brotaban maravillosas y suaves melodías como nunca jamás se habían oído en la Tierra.

María acostó al Niño en el pesebre y José trajo un manojo de heno para cubrirlo.

"El Niño de Dios ha venido al mundo en un establo y ahora está acostado en mi pesebre" pensó dichoso el buey y exhaló su cálido aliento sobre el niño para que no pasase frío.

CÓMO SE CUMPLIÓ PARA LOS CORDERITOS LO QUE EL ÁNGEL ANUNCIÓ

En aquella noche los ángeles también se aparecieron a los corderitos del campo. Los pastores dormían profundamente, pero los corderitos se despertaron de inmediato en cuanto percibieron la música y la luz celestiales. Se pusieron de pie y escucharon y miraron con atención lo que se les presentaba de manera tan especial: luz en medio de la noche, música en medio del silencio, un estar despiertos en medio del sueño. Y entonces oyeron el anuncio del ángel. Ellos fueron los primeros en la Tierra a los que se les permitió conocer la Buena Nueva:

"Alegraos todos los hombres en cielo y tierra, pues vuestro Salvador, viene a vosotros".

Los corderitos esperaban que los pastores despertaran al poco ante tanta maravilla, pero estos dormían profundamente. En sueños se agitaban de un lado para otro y murmuraban algo, pues veían al ángel en sueños y oían en sueños su anunciación:

"Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Cuando los pastores despertaron y se contaron unos a los otros sus sueños, el más viejo dijo: "Todos hemos soñado lo mismo, entonces debe ser verdad".

Cuando miraron alrededor, vieron que los corderos tomaban todos una misma dirección. ¡Seguían a los ángeles que les mostraban el camino hacia Belén! Entonces los pastores se pusieron en camino siguiendo tras ellos, y sucedió que aquella noche, no fueron los pastores quienes condujeron a los corde-

ros, sino los corderitos los que condujeron a los pastores.

Cuando hubieron llegado al establo, los pastores entraron y vieron la radiante luz y oyeron la música celestial. Se arrodillaron ante el Niño y le ofrecieron de todo lo que poseían: lana, pieles y leche.

Cuando los pastores se hubieron despedido de la Sagrada Familia, María Madre oyó los balidos y los pasos de muchos corderitos ante la puerta. Pensó para sí:

"Estos son los corderitos que me arrojaron y calentaron". Entonces tomó al Niño en los brazos, lo envolvió en pañales y con la caliente lana que los pastores le habían regalado lo llevó afuera. El buey y el burro la acompañaban y entonces el Niño de Dios, alzando las manos, bendijo a los tres, burro, corderitos y buey y dijo:

"Vosotros habéis ayudado a María Madre en la necesidad y por ello os es permitido estar entre nosotros y vivir esta noche santa en que vengo del reino de los cielos a la Tierra. En agradecimiento quiero para siempre otorgaros una gracia. Allí donde quiera que los hombres hablen del nacimiento del Niño Jesús, se acordarán de vosotros y se contarán los unos a los otros que he venido al mundo en un establo entre un buey y un burro y que los corderitos junto con los pastores fueron los primeros que vinieron a mí. Yo quiero ser siempre, para todos vosotros y todo ser viviente sobre la Tierra, un buen pastor".

Y lo que entonces prometió el Niño de Dios, viene ocurriendo hasta nuestros días.



LA MUJER POBRE

Hace mucho tiempo, en un pueblecito llamado Belén, vivía una mujer pobre. Era tan pobre que llegó a no tener nada para comer. Tenía solamente una gallina, que se alimentaba de lo que encontraba. Una tarde de invierno en que no había nada para comer en la casa, fue a ver si su gallina estaba ya en su ponedero, y encontró un huevo, lo recogió y pensó que se lo comería al día siguiente.

Al día siguiente por la mañana, cuando estaba en el portal de su casa, vio a varios pastores que pasaban. Tenían el aire muy feliz y la mujer les miraba.

Uno de ellos la saludó y se acercó:

"¿Sabes la noticia?, ¿sabes lo que ha pasado esta noche?"

"No", dijo la mujer.

Entonces el pastor le contó como, durante la noche, cuando estaban guardando corderos con los otros pastores, un ángel se les apareció anunciándoles la gran maravilla de Navidad. Dijo también donde habían encontrado al Niño en el pesebre.

La pobre mujer se llenó de alegría al oír estas palabras. Decidió presentarse allí enseguida, y buscó algo para poder ofrecer al Niño y a su madre.

En el nido de la gallina encontró dos bonitos huevos más, y decidió llevarlos al pesebre junto al que tenía. Puso los tres huevos en una cesta y partió.

Encontró al Niño de luz envuelto en pañales y acostado en el pesebre, como el pastor habla dicho. Ofreció sus huevos y se quedó mucho tiempo en adoración. Estaba tan feliz que ni siquiera pensaba que volviendo a casa no tendría ya nada para comer.

Su corazón estaba tan reconfortado, que durante varios días no tuvo ni hambre ni sed.

LA CIERVA

Antes de que Adán y Eva fueran expulsados del Paraíso, la cierva vivía feliz y no temía nada. Pero después, cuando comenzó a vivir sobre la tierra, fuera del paraíso, todo cambió. Los animales comenzaron a comerse entre ellos y los hombres se pusieron a cazar para vivir. La cierva se hizo temerosa; para ella todos los nombres eran duros y malos, y huía de ellos cuando les oía aproximarse. Por suerte, ella tiene buenas patas, finas y nerviosas que le permiten correr rápidamente si se presenta un peligro. Va como el relámpago, y se puede ver saltar su pequeño extremo de cola blanca detrás de ella.

La cierva es arisca, es cierto, pero también es muy curiosa, y cuando piensa que nadie la ve, se acerca a las casas de los hombres para observarlos.

Un día de invierno, mucho tiempo después de que los hombres y los animales hubiesen abandonado el Paraíso, una joven cierva se acercó a un pueblo, atraída por la luz de una estrella. Era de madrugada. Había allí un establo cuya puerta estaba entreabierta, y la cierva echó una ojeada al interior. Lo que vio era tan bonito y tan dulce que creyó que había vuelto al Paraíso. Marfa la vio y le sonrió. El niño también. La cierva se sorprendió y pensó: "Los hombres pueden también ser buenos, ser como Dios".

Desde entonces las ciervas buscan en cada hombre que encuentran la sonrisa de Marfa y del niño y el amor de Dios. Y cuando la encuentran, ya no huyen.

LA TORTUGA

Cuando el Niño Jesús vino a la tierra, todos los animales se enteraron, cada uno a su manera. En esa primera Navidad muchos de ellos se pusieron en marcha para ir a saludar al recién nacido.

La tortuga había tomado sus medidas para pasar el invierno confortablemente. Se había hundido bajo un buen espesor de tierra y dormía profundamente, esperando la próxima primavera.

Cuando la estrella de Navidad descendió sobre el mundo, sus rayos penetraron hasta el interior de la tierra. Un rayo llegó hasta donde dormía la tortuga. La tierra que la rodeaba se puso tibia y ese dulce calor despertó a la tortuga: "Vaya", se dijo, "¿es que ha llegado la primavera? Sin embargo no tengo la impresión de haber dormido tanto tiempo!..." Pero ella se encontraba descansada. Poco a poco, con el calor, sus miembros estaban menos adormecidos y decidió sacar la cabeza fuera, para ver como estaba el tiempo... Cuál no fue su sorpresa al descubrir que era de noche y que era invierno!. Pero cuando vio brillar la estrella de Navidad tan fuerte en el cielo, comprendió que era ella quién la habla despertado, y partió en su dirección, atraída por este misterio. Marchaba tan de prisa como podía. Muchos animales seguían el mismo camino y la adelantaban; eso no era difícil, pues la tortuga no era muy veloz. los otros gritaban al pasar "Eh, tortuga, no llegarás nunca a tiempo". Pero la tortuga continuaba su camino sin desalentarse.

Vino a pasar una liebre, que corría con el vientre a tierra y a toda velocidad. Vio a la tortuga y tuvo piedad de ella. Se detuvo de golpe y le dijo: "Sube sobre mi espalda, y agárrate bien". La tortuga subió, y los dos avanzaron como el rayo, adelantando a todos los otros. Y he aquí que la valiente tortuga llegó la primera al pesebre.

EL RUISEÑOR

Cuando Dios creó a los pájaros, los hizo de todos los colores, unos blancos y otros negros, unos marrones y otros azules, otros amarillos y otros rojos y algunos multicolores. Hizo también uno pequeñito gris, ordinario, pero le dio el poder de cantar mejor que todos los demás. Adán le llamó ruiseñor y su canto fue la alegría de Eva en el Paraíso.

Cuando Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, los animales y los pájaros tuvieron que ir también a vivir a la tierra. Muchos de ellos se fueron muy descontentos y lo demostraron. Muchos empezaron a detestar al hombre haciéndole responsable de sus desgracias.

Pero el ruiseñor no lo aprobaba. Decía: "Yo amo a Dios, y todo lo que Él hace es bueno. Yo amo a la Tierra y amo al hombre".

Sin embargo cuando estuvo sobre la tierra, el ruiseñor se hizo triste y perdió su poder de cantar. Pues en el Paraíso había una Primavera eterna, y en la tierra había rudas estaciones y la vida era dura. El ruiseñor se convirtió en un pajarito gris y triste que nunca cantaba.

En una noche de invierno muy fría, el ruiseñor trataba de calentarse cerca de los pastores y de los rebaños que dormían bajo las estrellas: una gran claridad y un canto misterioso despertaron a los pastores que se pusieron en camino enseguida, y el ruiseñor les siguió. Llegó así a Belén, al establo donde vio a María y a José con su niño. Había alrededor de ellos una gran luz y una gran paz. Y el ruiseñor tenía el sentimiento de

haber visto ya esto en alguna parte. Pero él no sabía dónde. Sin embargo se sentía menos triste, y se fue volando muy reconfortado.

El ruiseñor guardó en su corazón el misterio de lo que había visto. Y de repente, en la primavera, en una bella y dulce noche del mes de mayo, se acordó: la luz y la paz que había visto cerca del Niño en el establo era del paraíso de donde venían. Y supo que el niño del pesebre traía al mundo la luz del cielo. Y he aquí que él mismo se sintió de nuevo como en el Paraíso y se puso otra vez a cantar. Cantó como nunca había cantado. Desde entonces el ruiseñor canta de nuevo; y canta de noche, en el mes de mayo.

EL CONEJO, LA URRACA Y EL VIEJO

n día, un conejito, ya bastante grande para dejar su familia, decidió buscar un lugar agradable para cavar allí su madriguera. Encontró un sitio ideal al borde de un bosque, cerca de los prados donde crecen el tomillo y el serpol.

El pequeño conejito comenzó a cavar al pie de un árbol de oro. De repente, algo brilló en el fondo del agujero. Tomó esa cosa entre sus patas delanteras y la subió a la luz: era una moneda de oro.

Sobre el árbol había una urraca. A las urracas les gusta charlar, todo el mundo lo sabe, pero también les gusta lo que brilla. Así, ella vio enseguida la moneda que brillaba al sol, voló por debajo del árbol y quiso apoderarse de ella. Pero el conejito era listo; rápidamente, se sentó sobre la moneda antes de que la urraca pudiera alcanzarla.

"Ladrón", dijo la urraca, "dame esta moneda".

"Es mía", dijo el conejo, "yo la he encontrado cavando mi agujero".

"No, yo la he visto antes que tú, apártate de ahí" dijo la urraca.

"Yo no me moveré", dijo el conejo, "sé que tengo razón".

Entonces la urraca, furiosa, se puso a dar picotazos al conejo y a arrancarle los pelos, gritándole: "Horrible criatura, vete, yo te enseñaré, vas a ver, bandido, te voy a desplumar como a un pollo, no tendrás más remedio que esconderte. Y

yo contaré a todo el mundo que eres un bergante. Y nunca más nadie querrá hablar contigo".

No lejos de allí, en una cabaña, vivía un hombre. Era pobre y ya encorvado por la edad. A la vuelta de Belén, los pastores hablan llamado a su puerta para anunciarle la buena nueva. El habla decidido ir también a adorar al Niño y se había puesto en marcha una buena mañana.

Por el camino se preguntaba qué cosa podría ofrecer a María para su niño recién nacido.

De repente, fue atraído por unos penetrantes gritos. Era la urraca que gritaba para que el conejo se fuera. El viejo se aproximó y descubrió al conejito agazapado en la hierba y que se dejaba picar por una urraca sin intentar salvarse. El hombre pensó que ese joven conejo debía estar enfermo y lo tomó entre sus brazos.

Al instante la urraca se apoderó de la moneda y se escapó a las ramas más altas del árbol. Desde allí, pudo hacer burla al conejo a sus anchas.

El viejo comprendió demasiado tarde por qué el conejo se había quedado agazapado así. Miró a la urraca con sus buenos ojos muy tristes, y luego dijo dulcemente al conejo:

"Ven conmigo, yo te enseñaré una cosa más bonita que el oro".

Y he aquí que el conejo fue a saludar al niño Jesús en el pesebre. El hombre puso al conejo sobre las rodillas de María y el conejo supo que ése era el mejor día de su vida.

Después de que se fuera el conejo, la urraca continuó charlando mucho tiempo en las esquinas, explicando la historia a su manera a todos los pájaros que se posaban sobre su árbol.

"Imagínate, querida, yo me habla encontrado una bonita moneda de oro, y fijate, en el momento que yo quería recogerla, un conejo ladrón se sentó encima. Y no quería soltarla. Tuve que suplicarle mucho, argumentar, pero él decía que la moneda era suya y que no quería soltar la presa. Sí, querida,

es como te lo cuento. Afortunadamente, un santo varón pasó por allí y reconoció que yo estaba en mi derecho. Cogió al conejo y me devolvió mi oro.

Claro que sí, querida, incluso con saludos y cumplimentos. Se ha dado cuenta de que trataba con una persona respetable. El conejo ha tenido lo que merecía. Acabará en una cazuela, como os lo digo".

Pero cuando la urraca se quedó sola, se puso a pensar en todo lo que había ocurrido. Se acordó de la mirada del hombre y de sus palabras: "Yo te mostraré una cosa más bonita que el oro".

Y le entraron también ganas de ver eso. Tomó la moneda en su pico y levantó el vuelo. A lo largo de todo el camino preguntó si alguien había vino a un viejo con un conejo. Pero tenía mucho cuidado de no dejar su moneda. Así pudo seguir hasta llegar delante del pesebre.

Lo que vio era tan sorprendente que abrió el pico y la moneda cayó sobre la paja dorada del pesebre. El Niño Jesús sonrió y la Virgen María levantó los ojos y vio al pájaro. Su mirada eran tan buena y la sonrisa del Niño tan irradiante que la urraca se sintió colmada y comprendió que hasta entonces no había sido más que una tonta...

EL BÚHO



Al principio, Dios creó a los animales, los peces, los pájaros, y entre todos ellos creó también al búho. Pero hizo al búho de tal manera, que desde que está en la Tierra, duerme de día y vela de noche. Sus ojos redondos están hechos de tal suerte, que no soporta la luz del sol y de día no ve nada. Esto ha hecho de él un animal triste. Toda la noche se pasea llorando: "Hu, hu, hu, hu..."

Una bella noche de invierno, un viejo búho, que se hallaba posado sobre un gran olivo hueco, se sintió atraído por una luz extraordinaria que brillaba a lo lejos. Sin hacer ruido voló para ver lo que era. Hacía frío y el cielo estaba plagado de brillantes estrellas.

El búho llegó a un establo y, como la puerta estaba entreabierta, se deslizó en el interior. Vio a un hombre y a una mujer; vio a un asno y a un buey. Y en el pesebre vio también a un niño recién nacido, envuelto en blancos pañales, que irradiaba a su alrededor una luz maravillosa. El viejo búho se sintió lleno de alegría, pues supo que al fin había visto la verdadera luz del sol.

Desde ese día, cada año, cuando llega el tiempo de Adviento, todos los búhos de la Tierra se ponen muy contentos pues saben que durante las doce noches de Navidad podrán ver en el cielo la luz que resplandece en torno al pesebre. Sin embargo, a lo largo del año continúan lamentándose: "Hu, hu, hu, hu..." porque ¡es tan largo esperar a que vuelva la Navidad!".

EL GALLO



El posadero que había permitido a María y a José pasar la noche en su establo, tenía un gallo. Era un gallo de muy mal carácter. Pasaba la mayor parte de su tiempo subido a un pino, a medio camino entre el albergue y el establo, y no toleraba que nadie pasara cerca de su árbol. Si alguien se aventuraba a pasar por allí, revoloteaba hasta el suelo y ¡le picoteaba las piernas!

Todos en Belén conocían al gallo y evitaban pasar cerca del gran pino.

Cuando María y José se dirigían al establo, el posadero les previno:

"No paséis frente al pino, dad una vuelta por detrás, por el sendero; mi gallo es muy malo y podría picaros".

Pero María contestó dulcemente: "No me hará nada".

Y así fue. Ella pasó caminando despacio frente al pino, y el gallo ni se movió. Él mismo estaba asombrado, algo le impedía echarse a volar y, es más, se sentía contento de que aquella dama pasara frente a su árbol: de repente se sintió de buen humor.

Aquella misma noche nació Jesús, y el gallo notó que algo extraordinario estaba ocurriendo. Cuando llegaron los pastores y abrieron la puerta del establo, el gallo, desde lo alto del pino, vio muy bien al Niño Jesús y supo que era gracias a él por lo que no había atacado aquella tarde. Pero cuando los pastores se marcharon, pasaron frente al pino, y como llevaban la luz del Niño en sus corazones, el gallo tampoco se movió y lo mismo hizo con todos los que iban a ver al Niño Jesús. Aprendió a sentir desde lejos lo que había en el corazón de las personas.

Desde entonces, siempre que sentía amor en las criaturas que pasaban cerca de él, se quedaba muy quietecito en su gran pino.

EL DUENDE DEL CRISTAL

Entre los pastores que durante la noche de Navidad cuidaban sus rebaños, había uno ya muy viejo. Caminaba con dificultad con la ayuda de un bastón. Sin embargo, su corazón seguía siendo joven y alegre. Todos le querían y venían a buscarlo cuando tenían una pena o estaban tristes. Él hallaba siempre la palabra justa para animarlos. Había conocido muchas cosas durante su vida. Había conocido la alegría, pero también muchos sufrimientos; y a pesar de ello, jamás había perdido la confianza y el buen humor.

A pesar de su edad avanzada, trabajaba aún para criar a su nieto que era lisiado y estaba enfermo. Los padres del niño habían muerto hacía algún tiempo.

Cuando el ángel hubo anunciado la buena nueva, todos se prepararon para partir, cada uno con un regalo. Los amigos del viejo pastor le dijeron:

"Abuelo, tu no podrás llegar a tiempo, caminas muy despacio. Ven, nosotros nos turnaremos para llevarte a cuestas".

"Oh no, amigos míos, id, yo no quiero retardaros. El Niño maravilloso os espera. No temáis nada por mí, todo irá bien".

Y he aquí que en esa noche extraordinaria le fue dado caminar como cuando era joven. Siguió a los demás sin dificultad y llegó al pesebre entre los primeros, se arrodilló y adoró al Niño Jesús.

Sin embargo, cuando se levantó para partir, en su mira-

da había un poco de tristeza. Pensaba en su nietecito que no podía caminar y no podía venir a ver al Niño Jesús. Decidió entonces observar muy bien todo para guardarlo en su corazón y contárselo luego. Al salir del pesebre, atrajo su mirada algo que brillaba. Era un bonito cristal de roca. El anciano pastor lo recogió para ofrecérselo a su nieto.

El niño enfermo se encontraba cerca de la ventana, era su mayor placer, ya que no podía ir ni venir por doquier como los otros niños. Cuando hacía buen tiempo lo sentaban fuera, junto a la puerta. En invierno, se quedaba dentro y soñaba muchas cosas maravillosas. Muchos de sus amiguitos venían a verlo, pero nunca se quedaban mucho tiempo porque tenían ganas de saltar y brincar fuera. Su mayor deseo era tener un verdadero amigo a quien contarle todo.

Cada vez que el abuelo salía con el rebaño, el niño pasaba largas horas solo, en la vieja choza. Cuando vio llegar a su abuelo, esa primera mañana de Navidad, comenzó a dar palmadas de alegría. El abuelo le contó a su nieto las maravillas de la noche. El muchacho vio brillar la luz del pesebre en los ojos de su abuelo y sintió también una gran felicidad. Después, el viejo pastor sacó el cristal de su bolsa, un hermoso cristal muy puro. El niño no sabía de su asombro, jamás había visto una piedra tan bonita. La colocó en el borde de la ventana para poder verla brillar con la luz. Todos los días la contemplaba, veía sus reflejos al sol y admiraba todas sus caras. Quería a su cristal cada vez más; con él se sentía menos solo cuando su abuelo salía. Y sucedió que un día el niño descubrió que su cristal estaba habitado. Vio a un pequeño duende blanco que estaba dormido, hecho un ovillo en su interior. ¡Qué alegría!

"Buenos días", dijo el muchacho, "despiértate". "¡Así que eras tú a quien yo amaba cuando miraba el cristal!".

El duende hizo una pequeña señal, se estiró y salió del cristal.

"Buenos días", dijo, "yo quiero ser tu amigo; estaba prisionero desde siempre en ese cristal y tú me has liberado".

"Pero ¿cómo es posible?", dijo el niño, "al principio yo

no te vea".

"No, al principio no sabías mirar bien. Son tu atención y tu amor día tras día los que te han permitido verme. Ahora yo tengo un amigo y soy libre. Nosotros los duendes de las piedras, necesitamos que los hombres nos miren y nos quieran".

Y fue así como el niño enfermo tuvo un amigo que se quedó junto a él para siempre. El niño le habló de los seres humanos a su amigo y le dio todo el calor de su corazón y el duende le confió sus secretos, los de las piedras y los de las montañas... que son muchos.

LOS ENANITOS AZULES

Había una vez dos pícaros enanitos que pasaban el tiempo jugando malas pasadas a los hombres, haciéndoles muy feas jugarretas. Los dos enanos eran azules como la noche. Su corazón era duro, no sabían amar y jamás tenían piedad de nadie. En aquellos tiempos todos los enanos eran duros y malos, pero ahora algunos se han vuelto buenos aunque siguen haciendo travesuras. Y son simpáticos porque han encontrado el amor de los hombres.

Así pues, los dos enanos azules eran unos briboncillos. En la noche, espantaban a los transeúntes; se introducían en las casas de las buenas gentes y apagaban sus chimeneas, les hacían romper la vajilla, verter la salsa, quemar los guisos, derramar los cubos de agua. Si alguien quería sentarse, se apresuraban a retirarle la silla o la inclinaban, y la persona caía al suelo, y eso les causaba gran alegría.

También sentían gran placer empujando los cuchillos, las sierras y las hachas para que la gente se cortara un dedo o el pie, y a veces hacían cosas aún peores.

Una noche de invierno, se pusieron en camino hacia una aldea llamada Belén. Era allí donde acababa de nacer el Niño Jesús. Los dos enanos azules tenían intención de ir a la casa de una mujer muy anciana que vivía en una casita muy limpia en medio del pueblo. Querían desordenar todo mientras ella dormía: soltar las gallinas, abrir las conejeras, espantar la vaca para que no diera leche, y Dios sabe cuántas cosas más. Se regocijaban tan sólo con pensar en las jugarretas que iban a hacer. Cuando llegaron a la casita vieron que aún había luz. Miraron primero por el ojo de la cerradura y por debajo de la

puerta para ver si la anciana dormía, pero no dormía. A pesar de su edad ella tenía que trabajar aún para vivir. Estaba sentada cerca del fogón e hilaba su lana. Mientras hilaba, sonreía, pues pensaba en el Niño Jesús que había visto esa misma mañana en el pesebre; su corazón estaba tan lleno de aquellas maravillas que alrededor suyo había un resplandor como de un arco iris.

Los dos enanos azules miraban y miraban sin decir nada; a veces por la cerradura y a veces por debajo de la puerta. De repente, sin saber porqué, dieron media vuelta y corrieron hacia su hoyo. Se dirigieron hacia el interior de su dormitorio subterráneo a una velocidad vertiginosa y cuando llegaron a su casa, abrieron un gran cofre donde habían acumulado oro, plata y piedras preciosas; llenaron los bolsillos y volvieron a salir corriendo hacia la casa de la anciana.

Mientras tanto, la anciana había guardado su rueca y se había acostado; su gato también dormía, enroscado en su rincón sobre la manta. Los zapatos de la anciana estaban colocados uno junto al otro, al pie de la cama.

Los enanitos abrieron la puerta sin hacer ruido y entraron en casa caminando de puntillas. Se acercaron hasta el pie de la cama y, con precaución, vaciaron el contenido de sus bolsillos, cada uno en un zapato. A pesar de que lo habían hecho muy suavemente, el gato se estiró, abrió los ojos y los vio, y entonces salieron corriendo inmediatamente, temiendo que la anciana se despertara también.

A partir de esa noche, tomaron la costumbre de ir todas las noches a casa de la anciana. Miraban por la cerradura para ver lo que hacía, si estaba contenta o si necesitaba ayuda. Le habían tomado gusto a hacer buenos actos y le hacían a la anciana todo tipo de quehaceres mientras dormía. Por la mañana la anciana encontraba su casa barrida, o el cubo lleno con la leche de la vaca, o bien las verduras listas para la sopa y aún más, en alguna ocasión encontró sus medias zurcidas.

Ni que decir tiene que la primera vez que ella encontró los tesoros en sus zapatos sintió una gran alegría. Así ya no

tendría que trabajar tanto y hasta podría ayudar a los que lo necesitaran. Como les sucede a las personas que viven largos años, esta ancianita sabía muchas cosas; sabía muy bien que habían sido unos enanitos los que le habían hecho aquel regalo y es más, creía saber por qué.

Cuando los enanitos azules la espían, tras la puerta, de nada les servía el tener tanto cuidado pues ella siempre se daba cuenta de su presencia.

Un día les habló así: "Amiguitos míos, yo sé que estáis detrás de la puerta, os quiero mucho y sé también lo que deseáis: queréis oír los relatos de los hombres; yo os los contaré amigos míos, yo os los contaré".

Ella les hablaba así cada noche y les narraba cuentos que conocía, les hablaba de la vida de los hombres y sobre todo, de los niños. Poco a poco los enanitos fueron tomando confianza hasta que se decidieron a entrar en la casa y a sentarse a los pies de su amiga para escucharla mejor.

Pasado el tiempo, cuando la anciana ya no pudo moverse, la cuidaron y velaron por ella hasta que regresó al cielo.

Los enanitos azules conocieron el amor y desde entonces siempre procuran ayudar a los hombres y de vez en cuando les hacen alguna que otra travesura simpática.



LA PLANTITA QUE NO TENÍA NI NOMBRE NI FLOR

Había una vez una plantita que vivía en un prado, cerca de un bosque. La plantita siempre estaba triste, pues cuando Dios la hizo no le puso nombre y nunca tenía flores. A veces, en verano, la plantita se estiraba hacia el sol con tanta fuerza, que creía que de repente iba a transformarse en flor, pero por la noche veía que nada había cambiado y se ponía de nuevo triste pues pensaba que jamás llegaría a tener flores y frutos como las demás plantas.

Desde hacía mucho tiempo, vivía cerca de ella una piedrecita muy redonda y lisa. Un día, la piedrecita le preguntó:

- "¿Por qué estás siempre tan triste?, ¿no puedes gozar como yo cuando el sol me hace brillar o cuando la lluvia cambia mis colores?"

- "No", dijo la plantita. "yo no soy una piedra y tú no puedes comprenderme. Estoy triste porque nunca tengo flores y porque nadie me ha dado un nombre".

- "Si tú quieres" dijo la piedra, "me haré tu amiga para comprenderte mejor". "Sí, sí quiero", dijo la planta.

Pero la piedrecita llegó a querer tanto a la planta, que a su vez se volvió triste, porque ésta no tenía ni nombre ni flores.

Un día, durante el otoño, hubo una lluvia muy fuerte. El agua corría por doquier y la piedrecita fue arrastrada muy lejos. Rodó y rodó mucho tiempo cuesta abajo hasta que al final cayó en un agujero que llegaba hasta el fondo de la Tierra. Al principio, la piedrecita estaba un poco aturdida, pero luego, poco a poco comenzó a mirar a su alrededor y vio que

había llegado a un lugar donde vivía una tribu de enanos. Entonces pensó en su amiga la planta que se había quedado arriba, y se puso triste. Un enanito rojo, que estaba siempre contento se dio cuenta y preguntó:

- "¿Por qué estas triste, piedrecita?"

"-Lloro porque mi plantita llora".

- "Y ¿por qué llora ella?"

- "Porque no tiene nunca flores y porque nadie le ha puesto nombre".

- "¡Ah!, entiendo" dijo el alegre enanito, y él también se puso triste; triste por la piedrecita y triste por la plantita.

A partir de entonces, cuando paseaba por el bosque con los otros enanitos, se sentaba sobre una piedra o sobre una gran seta y de repente se ponía a llorar.

Un anciano que vivía en ese bosque se acercó un día al enanito. Era un ermitaño, un hombre santo; tenía ojos para ver a los enanitos, a los silfos y a los gnomos.

- "¿Por qué lloras así, mi pequeño hombrecito?" dijo al enano rojo.

- "Lloro por mi amiga la piedra redonda".

- "¿Qué le pasa a tu amiga?"

- "Está triste porque su amiga la planta no tiene ni nombre ni flor".

- "Pues bien", dijo el ermitaño, "no llores más por esa plantita, voy a tratar de ayudarle. Iré hasta la cima de la montaña para estar más cerca del cielo y voy a hablar con Dios y con sus ángeles. Vuelve a verme mañana".

Al día siguiente, el ermitaño recibió al enanito con una gran sonrisa.

- "Corre rápido a ver a tu amiga la piedrecita para anun-

ciarle la buena nueva: Dios ha reservado a su amiguita una alegría que ninguna otra planta ha conocido jamás. Ella florecerá en pleno invierno, cuando ya ninguna planta tenga hojas ni flores; y participará en un misterio".

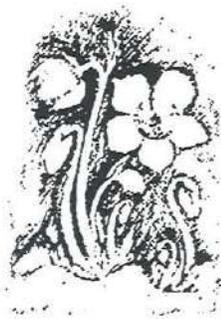
El enanito le dio las gracias al ermitaño y corrió tan rápido como pudo para buscar a la piedrecita en su hoyo. Ambos volvieron a subir la cuesta en busca de la plantita y cuando la encontraron decidieron quedarse junto a ella. La piedrecita la quería con todas sus fuerzas y el enanito rojo la cuidaba, la regaba y le aireaba la tierra a su alrededor. Poco a poco se formaron algunos brotes y he aquí que llegó la noche más larga del invierno; una maravillosa y desconocida estrella apareció en el cielo, con sus rayos tocó a la plantita y entonces... ¡brotaron hermosas flores blancas!

- "Quiero ir hacia a donde va esa estrella", dijo la plantita.

El enanito rojo la tomó y tomó también a la piedrecita redonda y lisa y se dirigió hacia donde iba la estrella.

De esa manera los tres llegaron frente al pesebre donde el Niño Jesús acababa de nacer, y allí se quedaron llenos de admiración. María tendió la mano hacia la flor y dijo:

- "¡Ven junto a mí, pequeña Rosa de Navidad!".



EL LEÑADOR

Había una vez un leñador que vivía solo en una casita en medio del bosque. Cada mañana, tomaba su hacha, y salía para abatir árboles. Por la tarde, cuando volvía, se traía siempre algunos buenos trozos de madera muerta para hacerse fuego.

Una tarde de otoño, escogió un tronco de madera bien seco, y lo metió en la casa para hacerse fuego a la mañana siguiente. Pero he aquí que a la mañana siguiente, cuando quiso coger su tronco, vio que le habían salido pequeños botones verdes. Estuvo muy sorprendido porque estaba seguro de haber traído madera muerta. Como es natural, el leñador no quemó este tronco extraordinario. Tomó otro para calentarse, y decidió guardar el primero con sumo cuidado, para ver qué le iba a pasar. Todas las mañanas, al despertarse, corría feliz hacia el tronco para ver sus progresos. Y efectivamente, los botoncitos engrandecieron día tras día; se hicieron verdaderas ramas de un verde tierno. Luego tuvo yemas que se abrían dulcemente y desplegaban bonitas hojas. Al fin, sin que sus ojos pudieran creerlo, en el tronco aparecieron capullos. Era ya el mes de diciembre. Afuera helaba. El leñador casi no se atrevía a dejar la casa por miedo a que le pasara algo a los preciosos capullos. Todo el día mantenía un buen fuego para que tuvieran calor.

Una noche, cuando estaba adormecido, le despertó un ruido muy dulce, como de música. El gran reloj decía que era

medianoche. Se volvió hacia la rama y se maravilló: estaba cubierta de flores blancas, completamente extendidas. El leñador se sintió feliz como nunca lo había estado. Se quedó cerca de las flores todo el resto de la noche, sin atreverse apenas a respirar.

Por la mañana, oyó pasos que se aproximaban afuera. la puerta se estremeció por grandes golpes alegres y oyó llamar: "Abre, leñador, tenemos una gran noticia que darte".

El leñador abrió enseguida y vio que eran sus amigos los pastores. Ellos le contaron lo que había pasado y cómo habían encontrado al Niño de luz. Y el leñador supo que sus flores blancas se habían abierto justamente cuando el Niño había descendido del cielo para traer la paz y el amor a los hombres.

EL PASTOR DE CORAZÓN DURO

Entre los pastores que guardaban sus rebaños no lejos de Belén, había uno que tenía el corazón duro. Tenía un bonito rebaño, que le pertenecía y no le faltaba de nada. Pero rehusaba ayudar a los que estaban en necesidad y no sentía piedad por nadie.

Sucedió una vez que un pobre pastor, que estaba obligado a guardar los animales de los otros, le debía una pequeña suma. El pastor de corazón duro habría podido fácilmente perdonarle su deuda, pero no pensaba hacerlo. "A cada cual lo que es debido" pensaba, "después de todo, él trabaja; lo que tengo me lo he ganado: que los demás hagan lo mismo". Y no veía más allá. Sucedió que el pobre pastor, que nunca había tenido nada propio, hacía algún tiempo había recibido un cordero en intercambio por los servicios prestados a su dueño. El pastor de corazón duro le exigió que le diera el cordero ya que no le podía devolver el dinero. El pobre hombre tuvo que ceder.

Cuando en la noche de Navidad, el ángel se apareció a los pastores, todos se pusieron en camino para ir a saludar al Niño. Pero el pastor de corazón duro no había visto nada, tenía el sueño demasiado pesado. Y cuando los otros le despertaron y le contaron todo para que se fuera con ellos, él no quiso creerse nada y se burló de ellos.

Se quedaría en su montaña. El no iría a Belén con los otros, no, no iría de ningún modo. Nada ni nadie le haría moverse. ¡Él no iba a creer esas tonterías!. Todos los pastores habían llevado algo para ofrecer al Niño, uno llevaba lana, otro leche, otro un corderito recién nacido. No sería él quien iría a ofrecer su cordero más bonito a un niño nacido en un establo. "¡En un establo! Pensadlo. ¿Se ha visto nunca una cosa igual?" Estaba sumergido en sus reflexiones mientras sus compañeros se apresuraban hacia el pesebre.

Pero, de repente, el pastor de corazón duro se sintió

levantado sobre sus pies, y pronto se dio cuenta de que andaba, y que andaba en la dirección que habían tomado los otros. Él les seguía, a alguna distancia, sin quererlo. Sus pies le llevaban solos allí donde él había decidido no ir. "Ah, no, ¡que no!" pensaba. Quería detener sus piernas... pero ellas no dejaban de andar.

En un giro del camino, percibió la luz. Una luz sorprendente que venía de una casa a lo lejos. Y avanzó, con los ojos fijos sin poder separar su mirada.

Así fue como el pastor de corazón duro llegó al pesebre. se sintió sobrecogido por la belleza del Niño Jesús y por la dulzura de María, su madre. Se quedó mucho tiempo en adoración, y el Niño le miró hasta el fondo del alma. Luego los ojos del pastor se volvieron lentamente y se posaron en otro rostro. Reconoció a aquél al que había quitado el cordero y comprendió cuán duro había sido con él.

Enseguida se levantó y se apresuró a volver solo en la noche. Sus piernas ya no marchaban solas, eran pesadas y cada vez tenía que esforzarse en levantarlas. Era de noche, hacía frío y la subida era dura. Ya no estaba guiado por la luz del pesebre. Pero dentro de él brillaba un fuego que le daba valentía. Iba derecho hacia su redil. Una vez llegado, tomó en sus brazos un corderito muy blanco y volvió a partir en la noche hacia el lugar donde pastan los rebaños. Los otros pastores habían vuelto del pesebre y se veían en grupos, cerca de los fuegos. Estaban repitiendo las maravillas que habían visto. El pastor se acercaba a los grupos y miraba a cada uno. Buscaba al pastor pobre. Le encontró solo, un poco apartado, con la cara todavía irradiando alegría. Sin decir ni una palabra, el pastor rico puso el cordero sobre las rodillas del pobre, y se fue, con el corazón más ligero.

Desde ese día, su corazón cambió. Se esforzó en ayudar a los otros, en comprenderles, había salido perdiendo cuando era tan duro. Se convirtió en el pastor del buen corazón. Todo el mundo empezó a estimarle en la comarca y él acabó queriendo a todo el mundo.

EL MUCHACHITO DEL SOL



rase una vez un muchachito que vivía con su padre, su madre y su tía en una bonita casa soleada. Sus cabellos eran dorados. Amaba al sol más que a nada en el mundo y no se cansaba nunca de mirarlo. Lo miraba cuando salía y lo miraba cuando se ponía. Cuando el sol brillaba demasiado fuerte como para poderlo mirar de frente el muchachito miraba cómo los rayos jugaban con las hojas y las flores, como si ellas se miraran en el agua.

El zagalillo estaba siempre alegre y gentil. Le gustaba complacer y quería obedecer a sus padres. Cada vez que se le pedía que hiciera algo, decía "Sí, sí". ¡Pero ay, a menudo olvidaba hacer lo que había prometido hacer, porque soñaba con el sol!...

Así, una tarde, su mamá le había enviado a buscar pan. "Sí, sí" respondió, y salió brincando. Pero yendo de camino vio una soberbia puesta de sol, y se quedó allí mucho tiempo, para admirarla... Luego volvió a su casa, sin pensar más en lo que quería hacer.

"¿Y mi pan?" dijo la mamá.

"Ah sí, lo olvidé", dijo "pero he visto una puesta de sol tan bonita!".

Tuvo que volver a la panadería cuando la noche ya había caído. En otra ocasión, una mañana de invierno, su padre dijo:

"Niño mío, ve a buscar un poco de madera a la leñera, para encender el fuego".

"Si papá", dijo con clara voz, y el muchacho salió. Fuera, le esperaba una salida de sol tan bonita que se quedó en éxtasis, olvidándolo todo.

Al cabo de un rato, su padre abrió la puerta y gritó: el ¿Y esa madera, llega o qué?"

"Ah, sí, perdón, es verdad, estaba mirando al sol" respondió el zagalillo.

"¡He! vete allí, a casa de tu sol si te interesa tanto", dijo su padre riendo, sin pensar en nada.

Pero el chiquito se puso a pensar y se dijo: "Es una buena idea. Voy a hacer una visita al sol. Eso debe ser posible porque papá lo ha dicho".

Se puso en marcha enseguida, y caminó, caminó tan de prisa como pudo sin mirar ni a derecha ni a izquierda y sin perderse. Mucha gente le preguntaba viéndole pasar:

"¿Adónde vas tan de prisa, pequeño?"

"Voy a visitar al sol". Y la gente meneaba la cabeza sonriendo.

Esta vez, no olvidó ni un instante el porqué había partido. De repente, oyó una vocecita que decía:

"Llévame contigo".

El muchachito al principio no vio nada.

"Llévame contigo, yo te mostraré el camino".

Y he aquí que el que hablaba así era una mariposa multicolor que volaba alrededor del muchacho y vino a posarsele sobre la mano.

"He visto en tus ojos lo que buscas", dijo la mariposa, "conozco bien al sol. Es su luz la que me ha formado. En estos días podrás contemplarle en la Tierra. Te has puesto en camino en buen momento, sígueme".

Marcharon juntos. El camino todavía era largo, y se hacía ya de noche cuando llegaron a un pueblo. Una sola casa aún estaba iluminada, y cuanto más se aproximaban, más brillante y cálida era esa luz. Entonces empujaron la puerta de un esta-

blo, y vieron a un niño muy luminoso, acostado en la paja, y María, su madre, cerca de Él. El muchachito se puso a batir palmas y dijo:

"He aquí el sol," y la mariposa voló sobre el hombro de María.

Se quedaron allí hasta la mañana. Luego el muchachito volvió muy feliz en su casa. Sus padres habían estado muy inquietos y le acogieron con alegría.

"¿Sabéis?", dijo, "ahora el sol ya no me hará olvidar nunca lo que se me pida, yo lo tengo en mi corazón".

LA ESTRELLA DE LOS REYES MAGOS



Mucho tiempo antes de que naciera el Hijo de Dios en la Tierra, éste vivía en el Reino del Sol. Con Él vivía el arcángel Micael, y los ángeles de los hombres vivían en los reinos de las estrellas. Andaban con el sol y las estrellas alrededor de la Tierra y desde su reino veían lo que allí ocurría. Mandaban regalos divinos a los hombres a través de los rayos de los astros. El Hijo de Dios enviaba la fuerza del amor celestial. El arcángel daba a los hombres la fuerza para cumplir la voluntad divina. Los ángeles llevaban pensamientos verdaderos de las estrellas a los hombres. Así, fluían la verdad, el amor y la buena voluntad del cielo a la Tierra, y los hombres hacían subir al cielo su agradecimiento y su confianza al Hijo de Dios y todos los ayudantes celestiales.

Llegó un tiempo en que el Hijo de Dios vio que a través de los siglos se había acumulado más y más bruma gris alrededor de la tierra y que subía hacia Él cada vez menos agradecimiento y confianza. ¿Qué había ocurrido?

Entre los hombres había algunos que decían: "no necesitamos a ningún Dios, no necesitamos ángeles; nosotros mismos lo sabemos hacer todo. Con nuestra cabeza nosotros mismos pensamos, con nuestro corazón nos queremos a nosotros mismos y con nuestras manos hacemos lo que deseamos".

Cuanto más crecía el deseo de los hombres de hacer todo ellos mismos, sin los dones del Hijo de Dios y sus ángeles, más densa y oscura se hacía la bruma alrededor de la Tierra.

Tanto es así que, al final, las fuerzas celestiales del sol

y las estrellas apenas penetraban hasta los hombres y los hombres se encontraban en peligro de ser abandonados por todos los buenos espíritus.

El Hijo de Dios vio cómo con sus pensamientos impíos los hombres hacían inventos con los que envenenaban las plantas, a los animales y a los hombres. Vio como cada uno con su corazón impío sólo se amaba a sí mismo y se olvidaba de ayudar a los demás. Todo eso lo veía temiendo por los hombres que vivían en las tinieblas y separados de Él. Llamó a su Divino Padre: "Padre, quiero ir junto a los hombres, a la Tierra, y llevarles de los reinos celestiales tu verdad, tu amor y tu buena voluntad, sólo así cederá la bruma gris que se está formando cada vez más densa alrededor de la Tierra y de los hombres. Así algún día, podrán llegar de nuevo a ellos las fuerzas del sol y de las estrellas. Así, no tendrán que vivir eternamente separados de nosotros".

Dios Padre estaba totalmente de acuerdo con su Hijo y empezaron a preparar todo en la Tierra y en el mundo de los astros. El arcángel Micael creó un nuevo pueblo en la Tierra y le dio el nombre de Israel. En él, algún día tendrían que nacer el padre y la madre del Hijo de Dios. Dejó crecer al pueblo de Israel hasta que llegase el momento en que en ese pueblo pudieran vivir María y José.

Los ángeles mandaron tres mensajeros del reino de los astros a la Tierra. Uno fue a la India, donde estaba el Rey Baltasar, el otro a Persia donde vivía el rey Melchor y el tercero a África donde habitaba el rey Gaspar. Los tres oyeron de su ángel el mismo mensaje:

"-Observa las estrellas. Se os está acercando el Hijo de Dios. Si ves aparecer una nueva estrella, será la señal de que Él se ha hecho hombre en la Tierra. A los que habéis perdido la verdad pura, el amor celestial y la voluntad de Dios, el Hijo de Dios os los devolverá y Él mismo expulsará las tinieblas que os separan de todos los demás seres en el cielo y en la Tierra".

El ángel que habló al rey Baltasar añadió:

- "Vela desde la puesta de sol hasta media noche".

Al rey Melchor le dijo:

- "Vela desde la media noche hasta el canto del gallo".

Y al rey Gaspar:

- "Vela desde el canto del gallo hasta la aurora".

Cuando los mensajeros de las estrellas se hubieron marchado, cada uno de los tres reyes construyó una torre especial desde la cual podía observar las estrellas por la noche.

Al igual que desde el reino de las estrellas los ángeles lo preparaban todo, otro tanto ocurría en el reino solar. El Hijo de Dios mismo tomó luz, calor y fuerza del sol y creó con ellos una nueva estrella. Ante ella toda la bruma cedería y se desvanecería lo frío y sin amor. Por eso la llamaron la "Estrella del Amor". Con ella, el Hijo de Dios se dejó conducir a la Tierra.



CÓMO EL REY GASPAR VIO LA ESTRELLA

Hacía muchos años que los tres reyes subían a su torre, cada uno a su hora. Su anhelo por ver la estrella crecía día tras día, porque veían cómo las tinieblas rodeaban cada vez más densamente la Tierra. Un día, el rey Gaspar subió a la torre con el corazón triste para contemplar la puesta del sol. Entonces se encontró con un niño que llevaba una flor blanca en la mano, que le sonrió y le dijo:

- "Rey Gaspar, pareces muy triste. ¿Es porque se acerca el invierno y ya no habrá más flores? Te regalo la última flor que pude encontrar. Te permitirá recordar que donde todo está gris y marchito, pronto florecerá de nuevo".

El rey Gaspar cogió la flor de la mano del niño y, súbitamente se sintió tan feliz como si no hubiera recibido sólo una florecilla sino todo el jardín del Paraíso. Se inclinó hacia el niño, le abrazó y le dio las gracias. Luego, le tomó de la mano y juntos subieron a la torre.

Justo cuando salieron a la plataforma, empezó a ponerse el sol y en los colores del cielo del anochecer ascendió una estrella radiante sobre el horizonte, tan clara y dorada como el mismísimo sol.

- "¡Es la nueva estrella!", exclamó el rey Gaspar, "ante ella tienen que retroceder las tinieblas que rodean la Tierra y los hombres llegarán a amarse de nuevo".

Levantó al niño para que pudiera ver mejor la estrella y estando con él en brazos, saludando a la estrella oyó desde el cielo una voz:

- "Si no llegáis a ser como los niños, no podréis seguir la estrella" pensó el rey Gaspar. "De la misma forma que este niño me regaló una flor perfumada, quiero regalarle al Niño Dios *incienso* que llevará nuestras oraciones al cielo como la fragancia de las flores".

Bajó con el niño de la torre y se preparó para el viaje.

CÓMO VIO LA ESTRELLA EL REY MELCHOR



acá unas horas que el rey Melchor dormía cuando poco antes de medianoche le despertó una gran claridad que irradiaba por la ventana de su castillo. Primero pensó que su paje se había quedado dormido y que no le había despertado a tiempo para subir a la torre a fin de observar las estrellas y que, el sol ya estaba alto en el cielo. Pero luego se dio cuenta del gran silencio que había en el castillo y que debía ser aún de noche. Entonces se abrió la puerta y un anciano se acercó al rey. Sólo dijo unas palabras:

- "Sol de Medianoche".

El rey sabía que el anciano siempre decía la verdad, porque era el sacerdote que desde su juventud le había enseñado todo lo que han de saber los reyes. Se levantó y subió con el sacerdote a la torre. Tenían que observar las estrellas a medianoche. Tras ascender por las escaleras oscuras de la torre, salieron al exterior y vieron el país entero iluminado a sus pies. Encima de ellos brillaba la estrella como un sol en medio de la noche.

- "¡Estrella de Oro!", exclamó el rey Melchor, "tú nos traes al Rey que todo lo comprende, el Rey de Reyes. Te seguiré y llevaré al Señor de los Mundos el regalo que le corresponde, el *oro* para la más bella corona".

El anciano sacerdote lo observaba y lo oía todo en silencio. El rey Melchor bajó con él de la torre y se preparó para el viaje.

LO QUE VIVENCIÓ EL REY BALTASAR A CAUSA DE LA ESTRELLA

El rey Baltasar se despertó con el primer canto del gallo. Se asustó porque mucho antes del amanecer quería haber observado las estrellas, como todas las noches. Se asustó aún más cuando vio que estaba claro como si fuera de día. ¿Tanto había dormido? ¿Acaso había dejado escapar la hora en que la nueva estrella iba a aparecer en el cielo nocturno?

Pero en el castillo reinaba el silencio. Nadie, excepto él, se había levantado; no se oía paso alguno y no se realizaba ningún trabajo. Eso le extrañó aún más. Con paso apresurado salió de su aposento para subir a la torre. Entonces, corriendo, chocó con su paje que justo llegaba para despertarle. Éste, al chocar, cayó al suelo, y se hizo tanto daño que sangraba y no podía levantarse solo. El rey Baltasar le recogió y lo entregó a dos criados para que le cuidaran. Lo pusieron en una cama y lo vendaron.

El rey Baltasar continuó su camino atravesando el patio todas las mañanas para subir a la torre. Pero hoy, por primera vez, se dio cuenta de que había pisoteado continuamente un modesto arbusto que se encontraba a su paso. "Un susto sigue a otro", pensó. "Primero me dormí y luego dejé malherido a mi paje y ahora veo que pisoteo este arbusto. Cuántas cosas están enfermas y mal en este mundo"

Triste, subió por la escalera de la torre. Cuando llegó a lo alto, le alcanzó el rayo de la estrella de tal forma que cayó de rodillas. Luego la luz empezó a vibrar hasta que, por fin oyó estas palabras:

"Hágase en la Tierra la voluntad de los cielos".

Entonces el rey Baltasar supo que el Salvador había nacido en la Tierra.

"A través de Él se hará de nuevo la voluntad de Dios, se sanará lo enfermo, se arreglará lo malogrado, se despertará lo dormido".

El rey Baltasar quería visitarle y saludarle.

Entonces se acordó de su paje que yacía con dolores en el castillo. Bajó de la torre para ver qué tal estaba y para decirle que el Salvador también había venido por él. Cuando cruzó el patio, vio como el arbusto que habla pisoteado estaba erguido y despedía una fragancia maravillosa. En las partes donde el arbusto había quedado resquebrajado y herido brotaba la resina, el bálsamo de la mirra. Entró con el bálsamo en el cuarto donde yacía el herido y le contó lo ocurrido con la estrella maravillosa y también con la planta que había pisoteado distraídamente y que, iluminada por la luz de la estrella, justo allí donde se había lastimado, había dejado brotar el bálsamo, la resina de mirra.

"Quiero untar mis heridas con la mirra", dijo el paje.

El rey se la dio, y tras cubrir las heridas y los miembros doloridos con ella, el paje sintió de nuevo la fuerza fluir en él, sintió cómo cedían los dolores y cómo sanaban las heridas.

Cuando el rey Baltasar presenció la recuperación de su servidor dijo:

"Este es justamente el regalo para el Salvador del Mundo. Quiero llevarle *mirra*. Y tú, mi ayudante ya curado, puedes acompañarme".

Entonces el paje se levantó y lo preparó todo para el viaje.

CÓMO SIGUIERON LOS REYES LA ESTRELLA



Así que los tres Reyes Magos se pusieron en camino. La nueva estrella solar les guiaba y a su paso se disolvía la bruma gris alrededor de la Tierra.

Sólo una vez los reyes perdieron la estrella.

Ya no sabían que camino seguir para encontrar al Hijo de Dios. Eso ocurrió en Jerusalén, la gran ciudad donde vivía el malvado rey Herodes. Era un enemigo de Dios. Por eso la bruma a su alrededor era especialmente densa. Sin la guía de la estrella entraron Melchor, Gaspar y Baltasar en la ciudad para preguntar por el Rey Dios. El rey Herodes no sabía nada de Él, pero en la ciudad había un templo sagrado con sus sacerdotes. Ellos guardaban un libro de tiempos antiguos. En él estaba escrito, en escritura estelar, lo que había de ocurrir en la Tierra. El rey malo hizo llamar a los sacerdotes con el libro sagrado y pudieron leer ante los Tres Reyes Magos que el Niño Dios iba a nacer en Belén. ¡Qué alegría, ya sabían de nuevo hacia donde dirigir sus pasos! Y salieron de la ciudad camino de Belén.

Tan pronto dejaron Jerusalén, la estrella volvió a brillar en el cielo y les guió a Belén, donde les esperaban José, María y el Niño Santo. Se arrodillaron ante Él y le entregaron sus regalos: *oro, incienso y mirra*. Dieron las gracias al Hijo de Dios por haber traído al mundo el amor celestial, la verdad pura y la voluntad divina y prometieron confiar siempre en Él.

Desde entonces, todos los hombres que dan las gracias a Dios y confían en Él ayudan para que las tinieblas que nos separan del mundo divino y sus espíritus auxiliares, retrocedan continuamente.

Los tres Reyes Magos la estrella veían.

Siguiéndola iban con gran alegría.

Allí donde brilla la gente se quiere,
se llevan ayuda y ofrecen sus bienes.

La paz navideña se hace en la Tierra
brillando en el cielo la luz de la estrella.